

BELLEZA PARA TODOS

Acabábamos de tomar el ajeno; el *boulevard* encendía sus focos voltáicos como blancos satélites de un universo industrial. Alumbrábase las vitrinas y multiplicábase la estridencia de los timbres con que los conductores de los tranvías anuncian que también el progreso puede tener víctimas y exigir sacrificios. Poli quedó meditabundo, contemplando los restos de licor verdo-so como si viera en ellos algo extraño.

Primero pasó una mujer delgadita, rubia, de andar menudo, recogiendo su falda plugada sobre una *frufrutante* enagua de raso. Luego, una morena de cintura de fresno y de andares de antílope. Después, otras cien, trigüeñas, morenas, blancas, doradas como mieses y tostadas como el fruto del avellano. Era un verdadero desfile de elegancia y belleza.

—¡Cuánta mujer hermosa!—dijo Poli, como pudiera haber dicho un avaro al pa-

sar por delante del Banco: «¡Cuánto oro hay allí!»

—Las mismas que siempre—contesté.

—No. Muchas más—insistió mi amigo.

—¿Cómo?— interrumpí.— Siempre ha habido mujeres bonitas y feas.

—Pero ahora—siguió Poli—son más las bonitas, porque la belleza, ya *democratizada* se va *socializando*.

Debí hacer un muy extraño gesto, porque Poli me dijo algo amoscado.

—Sí. No hagas aspavientos. ¿Eres de los que creen que la evolución socializadora se refiere tan solo al orden económico? Estás en un solemne error.

—Veamos—dije, apurando los restos del ajeno.

—Se democratizó el pensamiento—dijo Poli—el día en que, descubierta la imprenta, pudo ser patrimonio de todos el saber. Pero su socialización comenzó cuando á los subjetivismos cerrados siguió el conocimiento de la realidad; cuando murieron las escuelas y los sistemas; cuando la prensa vulgarizó los hechos y dejó de haber sabios para que todos fueran hombres. Acabará de socializarse cuando la ciencia sea de todos y para todos, sin diplomas, ni títulos, ni privilegios, ni prejuicios, ni bases dogmáticas. Pan de la inteligencia, ha de ser como

indica el origen de esa palabra, *pan*, luz *para todos*.

Encendí un cigarro barato. Eso de fumar buen tabaco no ha comenzado aún á *socializarse*.

—La Reforma—siguió Poli, mientras yo miraba pasar á un cura—señaló la liberación del creyente. Entonces comenzó la creencia á democratizarse, suprimiendo todo intermediario entre el fiel y Dios. Hoy ya se socializa, tendiendo á la *anomia*. Y acabará por ser de todos y ninguno, porque no habrá dogmas, ni templos, ni celebrantes. En cada inteligencia habrá un ara, como en cada corazón un rito.

—Es una opinión que respeto, aunque me parezca bien extraña—dije á Poli, que me miraba con sus ojos azules muy abiertos, como dos piedras incrustadas en la cara de un ídolo.

—Y así continuó exaltándose por momentos—se democratizó toda la vida, para socializarse después. Señaló la Revolución, la emancipación en el orden civil, que no será cumplida hasta que redimido el proletariado...

—Oye—he dicho á mi amigo.—Todo eso va muy bien. ¿Pero dónde está la socialización de la belleza? Porque yo no la veo por parte alguna.

—¿Cómo que no?—ha gritado mi pobre amigo.—Será que estarás ciego. La ojiva es la democracia, porque nace para ensanchar las naves y dar acceso en el templo á la muchedumbre. Pero hoy la arquitectura busca otras líneas, otras combinaciones, otros motivos, porque eleva los palacios de todos: el mercado, la estación, la escuela, el puente, los coliseos. Levanta esos párpados y mira.

Los abrí, en efecto. Por todas partes edificios suntuosos, que no eran de reyes ni de magnates. *Todo el mundo* se congregaba en ellos. Para dar de beber al pueblo, mostrábase un alcázar más suntuoso que el palacio de la reina de Saba.

—Y en la música—siguió el iluso—Beethoven, que es demócrata y ya escribe para las muchedumbres, precede al iluminado de Bayreuth. No más música *di camera* hecha para monarcas y cortesanos. El pueblo pide grandes sonoridades, porque tiene cien mil oídos. No más cuadros tampoco de luz convencional, hechos para mirarse en palacios severos y recintos oscuros. Hay que hacer *aire libre*. En España, Fortuny fué un socializador como lo es Sorolla, como tiene que serlo el artista que quiera no quedarse á la zaga y vivir el ambiente de la nueva y gloriosa civilización. La poesía...

—Pero, ¿y la belleza de la mujer?—pre-

gunté mareado.—Las mujeres son feas ó bonitas y se concluyó. ¿Qué me dices de eso?

—Que estás equivocado. Hubo un tiempo en que la corrección de líneas lo era todo, y después la riqueza. Hoy va estando ya la belleza al alcance de todas las mujeres. Porque hoy es, ante todo, delicadeza, elegancia, distinción, gusto, y eso va estando al alcance de cualquier obrera. Observa con cuidado todas esas mujeres que te deslumbran, y verás que las más adorables no son las más hermosas, en el sentido clásico, ni las más ricas, porque la moda va desterrando del uso corriente las prendas costosas, el oro y el raso, la blonda y la pedrería. Las que más te subyugan son las más *artistas*, las que saben andar y prenderse, y mirar y confeccionar con sus dedos rosados tocados sencillos de suprema elegancia y gracia exquisita. Antes, Friné, imbécil, desgarbada, ignorante, dura de corazón, podía subyugar con arrojar su túnica. Hoy, con la inteligencia, la distinción, la elegancia, y, sobre todo, el buen gusto, todo el mundo es Friné.

—Suponiendo que digas verdad—interrumpí—la belleza femenina, para socializarse por completo, debiera ser *de todos*. ¿Vas á resucitarnos acaso ahora la *República*, de Platón?

—De ninguna manera. Pero todo hombre va pudiendo tener mujer bella ilustrándola, cultivando su espíritu, dándola con su cariño el contento que se traduce en placidez y con el cuidado la salud que hácese resplandor. Todo el mundo puede dar á su compañera tocados sencillos, pero bellos, pobres pero graciosos. Y así en la futura humanidad no habrá feas, porque habremos idealizado lo real y habremos dignificado á nuestra compañera, dándola medios seguros de embellecerse.

Pasaba en aquel momento á nuestro lado, apoyada en el brazo de un joven, una figurilla pequeña, amarillenta, casi jorobada, con los ojos saltones y turbios. Aquello era un mentís á mi amigo, y le miré con aire de triunfo.

Pero mi amigo es irreductible. Comprendió lo que yo pensaba y me dijo:

—Cállate, hombre, cállate; que algo tendrá.

LA PARTIDA

Salen los trenes, con sus ondulaciones de anélido, con sus raudas precipitaciones de gaviota, con sus cálidos resoplidos de fiera. Y salen henchidos de una muchedumbre que busca quizá en vano, descanso á la lucha y reposo á la amarga fatiga. Entre las oscuras trincheras, avanzando su vientre candente y férreo sobre los bruñidos rieles que se extienden como un signo algebráico que parece decir *¡Siempre igual!*, pasa primero la locomotora, siempre imponente, lanzando su monotonó grito sobre la suave polifonía de los campos. Allí va el maquinista, erguido, cubierto de hollín, con la mirada fija en el horizonte, no de otra manera que el sabio que guía á la humanidad, para no detenerse él nunca, dispuesto á sucumbir por salvar á un pueblo entero que no conoce y que le trata siempre como á esclavo.

Después, las mercancías, dibujando bajo

las lonas sus bultos informes; las jaulas repletas de rebaños, que sobre el pentágrama del tableteo escriben la salmodia de sus tiernos balidos. Detrás, los vagones cerrados y el coche correo. ¡Cuántas lágrimas lleva! Pero también ¡cuántos consuelos! No se sabe si ríe ó llora, como aquel pájaro de Campoamor que, al modular sus trinos, hacía pensar en un instante mismo á la adolescente en el amor, á la niña en la felicidad, al padre en el deber y al poeta en la muerte.

Los coches salones, que parecen alcázares nómadas, nos dan la sensación de un mundo suntuoso y grave, espléndido... y frío. Es allí todo severo, rico y taciturno. Los viajeros en ellos leen ó meditan, envueltos en lujosos guardapolvos, arrellenados en confortables asientos. No miran ni sonríen. En el rostro de las personas más felices, el oro siempre amarillea. El rápido paso de esos perfumados palacios movibles, más que envidia, produce estupor. Mas he aquí que pasan luego los vagones deslustrados, en cuyas portezuelas, como en los trucos, la fortuna se cuenta por rayas. A cada línea vertical la algazara es más grande, el júbilo es mayor.

Las tres líneas de los coches en que van los rebaños humanos son los tres entorcha-

dos de la alegría. Todos van á las ventanillas, queriendo verlo todo, porque su dinero les cuesta. Y al pasar nos saludan. ¡Adiós!, ¡adiós! Y va tras aquella algarada el último furgón con su puerta rasgada, tras la cual se dibuja la silueta del guardafreno, dispuesto á detener toda aquella avalancha en el borde peligroso del abismo. Luego, ya no miramos sino el negro paralelógramo con sus apagados faroles que se aleja y se hace más pequeño, y desaparece por fin 'sobre aquellos gemelos y lustrosos rieles que parecen repetir: ¡Siempre igual!

Quedamos un instante pensativos. Hay melancolía en todo lo que se aleja. Fortuna, juventud, ilusiones, todo se va marchando así, dejándonos tan sólo dos regueros de lágrimas. Pasada esa impresión, los pobres, los jornaleros, quedamos sobre la vía solitaria y pedregosa pensando en *nuestro viaje*: en el viaje que podríamos hacer y que no hacemos nunca.

Nosotros iríamos también á bañarnos en nuevos y frescos ambientes, como en la fuente de Juvencio; á contemplar los bosques y el mar, y, sobre todo, el cielo, ese cielo que aquí sólo miramos como una estrecha cinta azul entre dos aleros. Quisiéramos dejar de escuchar ese miserable ruido de colmena humana que nos aturde y nos

recuerda la común grosería, los estridentes pianos mecánicos, la voz aguardentosa del vendedor ambulante, la blasfemia lanzada á voz en cuello, y aplicar el oído para ver cómo rueda en los cielos el salmo de Isaías, en las aguas el eco de Tobías, ó en los trigos el acento de Ruth. ¿Cuándo? *El año que viene*. Pero la ocasión ha llegado. Otro tren se desliza y pasa, y quedamos desencantados y absortos otra vez.

Un año, desesperados de nuestra pobreza, aderezamos con sus mejores galas al niño más necesitado de aire puro y le enviamos á un pueblo lejano, en donde le espera un cariñoso pariente. Entonces es cuando comprendemos lo que hace sentir un convoy en marcha. ¿Vas contento, hijo mío? preguntamos.—¡Sí, muy contento!, contesta el pequeñuelo. Pero el tren va á partir y el niño se enjuga cabizbajo una lágrima—¡No llores, chiquitín!, le gritamos. ¡Animo y á reponerte, pronto volverás! Arranca el tren y el niño se asoma por debajo del brazo de un viajero corpulento. Allí está con su figurilla tierna y hermosa.—¡Adiós, chiquitín mío, adiós! Una gorrieta se agita en el aire y un blanco pañuelo cubre unos rasgados y húmedos ojos.

El tren ha partido. Un ilustre escritor se ha reído de ese momento, gritando con

sorna:—¡Adiós, hasta el valle de Josafat! Pero quien mira partir á un hijo no se ríe. ¡Pobrecillo! ¿Volveremos á verle? Estamos apesadumbrados de haberle dejado marchar. ¡No; el año que viene no sufriremos tanto y si podemos romper un eslabón de la cadena que nos sujeta, viajaremos también, pero todos, ¡ah, sí!, todos juntos!

DECADENTES

Paseo de coches del Retiro, frente al pabellón del Ayuntamiento.—Es de noche.

Ramiro, dieciocho años.—Nicolás, dieciséis.

Ramiro.—Te digo que no hay motivo para afligirse. ¿Que han derribado el circo de Colón? Un barracón menos. ¿Que van á convertir el circo de Parish en teatro? Un sitio de esparcimiento más.

Nicolás.—Sí; pero los *clowns*, las pantomimas...

Ramiro.—*Arriéré*, hijo mío, *arriéré*.

Nicolás.—Los gimnastas, los equilibristas, las amazonas...

Ramiro.—Todo eso pasó para no volver. Es viejo, gastado, cursi. *No nos dice nada.*

Nicolás.—Pues á mí me gustaba mucho.

Ramiro.—¡Ya lo creo! Porque no lees, ni viajas, ni te modernizas. ¿Tú sabes quién es Nietzsche?

Nicolás.—No lo sé. Perdona.

Ramiro.—Pues entonces no te has enterado de cómo el moderno ideal, lejos de ser fortificador, es enervante. Todos esos espectáculos de fuerza brutal y de belleza también brutal, no son propios del *super-hombre*.

Nicolás.—Pero, ¿nosotros somos *super-hombres*?

Ramiro.—No; tú eres un *infrasinio*.

Nicolás.—¿Un infra qué?

Ramiro.—Un atávico, un rezagado, un rastacuero.

Nicolás.—Mira, no me faltes, ó te demostraré que no tienes nada de hombre ni de super.

Ramiro.—¡Las pantomimas! Pero, ¿tú no has admirado á la Blanca y verde Iggius? ¿No has visto á los actores saltar en calzoncillos por encima del lecho? ¡Aquellos son *mimos*! Y ella... ¡oh!, qué mimosa! Cálida, esbelta, lilial, amada, una mujer en *a* mayor, *pálida*, *cual las alas blancas de ánaes*, *que vagan unánimes*.

Nicolás.—Los ánaes... ¿Qué tienen que hacer aquí los ánaes?

Ramiro.—¡Si lo que cambian no son los espectáculos: es el arte todo! Nuestros abuelos buscaban ideas, nuestros padres sentimientos, nosotros sensaciones, y acaso

nuestros hijos querrán sólo vibraciones inconscientes. Volvemos á lo ingenuo. ¿Te gustan las mujeres desnudas?

Nicolás.—Hombre... preguntas unas cosas...

Ramiro.—Pues no: ha pasado también la desnudez clásica que tanto te gustaba en el circo. Yo no quiero las matronas rotundas, ni las amazonas pletóricas y sanas, ni las doncellas tersas de curvaturas irreprochables.

Nicolás.—Bueno. Pues que no te las den.

Ramiro.—Yo amo lo vago, lo plácido, lo decaído; pero iridescente, florescente, decolorescente, insenescente... Anoche estuve en el *Japonés*.

Nicolás.—¿Tomando apuntes para algún monólogo?

Ramiro.—No; admirando á aquellas mujeres hiper-modernas, y me convencí de que sólo hay belleza en los ojos sin brillo, en las líneas desmayadas, en lo degenerado y decadente.

Nicolás.—Bueno; pues á mí me gustaba el circo. La música.

Ramiro.—Que se pegaba toda al oído.

Nicolás.—¿A dónde querías que se pegase? Las amazonas...

Ramiro.—Siempre encima del caballito...

Nicolás.—¡No, que iban á ir debajo! Los intermedios...

Ramiro.—Cómicos, por supuesto. Bofetada y tente tieso. ¡Buen manjar de palurdos!

Nicolás.—Y de niños.

Ramiro.—Ya no hay niños.

Nicolás.—¿Tampoco? Pues de super-niños, y de hiper-chicos y de proto-niñeras. Y mío. Porque yo me distraía mucho con todas aquellas tonterías, que no serían delicuescentes ni todo eso que dices, pero que me divertían sin echarme á perder.

Ramiro.—D'Annunzio...

Nicolás.—Déjate de anuncios.

Ramiro.—Sienkievicz...

Nicolás.—Háblame en castellano.

Ramiro.—Pues en castellano te digo que hay que renovar todo en arte.

Nicolás.—¿Y en lo demás?

Ramiro.—En lo demás... todo es indiferente. Todo es inanidad. Estamos haciendo una revolución...

Nicolás.—¡Una revolución! ¿Sabes lo que me ha dicho mi papá?

Ramiro.—¿Qué?

Nicolás.—Que todo eso del *decadentismo* es una farándula para separar á la juventud de los ideales verdaderamente modernos y hacerla esclava de la forma; que

aparentáis indiferencia por las cosas del pensamiento, para ocultar que sois retrógrados; que estáis haciendo el caldo gordo á los neos.

Ramiro.—¡Chiquillo! ¿Tú sabes siquiera lo que es decadentismo?

Nicolás.—¿Quiéres palabras raras? Pues es un estado de degeneración, un afán desmedido de originalidad, una enemiga feroz á la lógica, una *egolatria* malsana, un desprecio de todo lo noble, un verbalismo escéptico, un misticismo disfrazado, una embriaguez de lo contradictorio, una pasión de lo nimio, de los versos *trípodes* sin armonía, de los dibujos sin relieve, de los párrafos extravagantes sin ideas. Un odio á la ciencia que se supone fracasada, á la vida que se disputa estéril, á los ideales que se tacha de vanos. Y todo, ¿para qué? Para venir á fin de cuentas á caer en el más vergonzoso ultramontanismo.

Ramiro.—Niño, estás elocuente. Sabes más de lo que yo te he enseñado. Aficionado al circo, haces preciosos juegos malabares. Pero discutes teorías, y eso está *demodé*.

Nicolás.—¡Cál! No lo creas. Esas son voces que hacéis correr los *Luisés*.